



CAFÉ DE LA UNIÓN

por SANTAMARÍA



*«Vámonos, vámonos al Café de La Unión,
donde paran Curro Cúchares, el Tato y Juan León.»*
(Caracoles de Don Antonio Chacón)

Curro llegaba a las puertas del Café de la Unión, lugar al que lo citaba una nota manuscrita y que se la había entregado en mano un mozo, que de seguro disfrutaba ahora de un par de reales de plata en los bolsillos en sus pantalones raídos.

Nada más entrar en el local, observó que el Café se hallaba en plena ebullición. Todas las mesas y sillas estaban ocupadas y multitud de caballeros disfrutaban de una copa de brandy, una taza de café o de un puro habano mientras discutían sin descanso, ojeaban el periódico o iniciaban una partida de naipes.

Las conversaciones giraban en torno a la política del país y a temas de carácter más lúdico como el próximo y esperado estreno de la ópera «La Conquista de Granada» de Emilio Arrieta en el Teatro del Real Palacio y que ya se anunciaba con la presencia en cartel de la soprano Manuela Oreiro y el tenor Lázaro Puig.

En otra de las mesas, la expectación era en torno al auge de otro género lírico, la zarzuela, y el éxito de la representación de «La Mensajera» en el Teatro Variedades de la calle Magdalena.

Tras dar un vistazo rápido y general desde el umbral de la puerta, vio como alguien le hacía señas desde el fondo de la sala.

Curro avanzó con decisión, parándose a saludar a algunos de los caballeros que reconocía, y que al verlo, no dudaban en interrumpir sus respectivas tertulias para saludarle con efusividad.

—¡Maestro Cúchares! ¡Cuánto tiempo sin verlo por aquí! ¿Se quedará mucho tiempo en Madrid?

—No mucho, me temo. Estoy aquí por temas de salud y seguramente vuelva a finales de semana a Sevilla.

—¡Oh! Teníamos la esperanza de verle torear de nuevo en La Puerta de Alcalá, Maestro.

—Créanme si les digo que estaría encantado. Pero mi rodilla derecha, por desgracia, opina lo contrario...ahora, si me disculpan, tengo que atender a unos señores... con permiso.

Tras varios saludos breves de cortesía más, llegó a la mesa desde la que le habían hecho señales. Situada justo en la esquina de la sala, alrededor de la gruesa mesa redonda de madera se encontraban sentados dos caballeros.

Al único que reconoció a primera vista fue al célebre matador sexagenario Juan León «Leoncillo», oculto tras unos discretos anteojos y con una evidente severidad en el gesto. El otro señor, de porte menos elegante y ademanes más descuidados era de mediana edad y vestía una camisa blanca a la que no le hubiera venido mal un ligero zurcido en los puños. Fue éste quien hizo señas a Curro, y el que nada más verlo entrar, le aguardó en pie hasta que llegó a la mesa.

—Señores...lamento el retraso. —dijo el recién llegado mirando su reloj de bolsillo— Hace tiempo que no vengo por Madrid y no me acordaba de lo difícil que se hace caminar a estas horas. Maestro León... es un placer volver a saludarle.

—Guarda los formalismos, Curro —respondió éste con desdén—...estoy tan sorprendido como tú por la misiva de este señor... el amigo...

—Julián... Julián Pozo para servirles. Es un inmenso placer poder hablar con ustedes, dos de los más grandes toreros de nuestro país...

—Si no le importa, señor Pozo —interrumpió el Maestro León— le agradecería que fuera al grano. Estoy seguro que Curro Cúcharos y un servidor tenemos asuntos importantes que atender... de nuestras glorias taurinas ya recibimos reconocimientos cuando cae en el albero el último toro de cada cartel.

Curro se deshizo de su chaqueta colgándola con exquisito mimo en un perchero de pie, haciendo lo mismo con su sombrero. Luego tomó asiento en una silla de anea que quedaba libre, justo al lado de otro asiento que también estaba vacío.

En el aire sonó el rasgueo de una guitarra, y una voz limpia y poderosa se alzó para iniciar la entrada de un cante por soleá. Las tertulias se convirtieron en pequeñas conversaciones susurradas, intentando no molestar al artista que en ese momento cantaba. Desde su posición, Curro no podía verlo con claridad, aunque juraría haberlo conocido con anterioridad... quizás en Sevilla.

Tras carraspear un poco, Curro tomó la palabra.

—Coincido con Juan. La nota que recibí esta mañana me apremiaba a acudir aquí por un asunto de importancia vital. Y la verdad que ver al Maestro León sentado en la misma mesa por el mismo motivo, me crea más incertidumbre.

—Les entiendo, señores. Verán, por mi nombre quizás no me reconozcan, pero créanme, hemos compartido muchas tardes de toros. Soy el mozo de espadas del Maestro Paquiro.

Curro y Juan León intercambiaron una fugaz mirada.

Posiblemente fueran las tres espadas más importantes del siglo, las más reconocidas, solicitadas y respetadas del mundo taurino. No era menos cierto que los tres atravesaban por respectivas crisis que les hacía tambalearse desde lo más alto del escalafón de figuras.

A Juan León empezaba a pesarle la edad: las fuerzas y los reflejos ya no eran los de antaño, y eso se había puesto de manifiesto al recibir varias cogidas graves en los últimos tiempos. El público lo respetaba por lo que fue, aunque ya poca gente confiaba en volver a ver al Maestro León de principios de siglo.

Curro llevaba también padeciendo unos dolores terribles en su rodilla derecha a consecuencia del revolcón que le propinó un morlaco en Sevilla y que le habían apartado de los ruedos hacia unos meses.

Y el Maestro Paquiro, disfrutaba de un retiro bien merecido a sus cuarenta y pocos años, siempre agasajado por un público madrileño que acogió al chiclanero como a un hijo más de la Villa. Paquiro además, gozaba del apoyo de la intelectualidad desde que publicara su libro «Tauromaquia», en el que innovaba los preceptos más tradicionales y arcaicos del toreo e introducía el traje de luces y el sombrero como vestimenta propia... una verdadera revolución decían, si bien a Curro todo aquello le parecía una burda propaganda ideada para glorificar el ego de Paquiro.

«Los toreros deben ser toreros, no “juntaletras”. Que lidie libros, que yo prefiero seguir lidiando toros» había expresado Curro con vehemencia al respecto en más de una tertulia con personajes de la alta sociedad de la Corte. ¿Qué cuestión relacionaba pues a estos tres personajes, y los citaba alrededor de una mesa del Café de la Unión?

—Si me permiten que les explique... —prosiguió Julián.

—Adelante... —invitó Curro a la vez que hacía una seña al dueño del local, y le pedía «lo de siempre».

Los sones de la soleá flotaban en el aire del Café mientras el mozo de espadas arrimaba su silla más a la mesa mirando a un lado y a otro, y susurraba tratando de dar confidencialidad a su exposición.

—Señores...el Maestro Paquiro quiere reaparecer el mes que viene aquí, en Madrid.

—¿No se retiró hace tres años? —respondió abrupto Juan León.

—No atraviesa un buen momento económico. Decidió invertir en el negocio del vino, y le salió mal. Ahora necesita de nuevo dinero para reflotar su negocio. Además, ya conocen a Paquiro... nunca ha dejado de ser torero y piensa que el público de Madrid lo echa de menos.

—...el negocio del vino... ¡seguro que se ha bebido media bodega él solo! —escupió el Maestro León, dibujando una sonrisa irónica en su rostro.

—Juan, no diga esas cosas. —respondió Curro tratando de dar señorío a su contestación y ocultando con éxito la satisfacción que le provocaba el reconocido fracaso de su mayor rival en los ruedos.

—No me venga a dar lecciones de comportamiento, «Currillo». No olvide que podría ser su padre...

—Y hasta mi abuelo...—añadió con acidez Cúchares, provocando una expresión iracunda en el viejo matador.

—Señores, señores... tengamos la fiesta en paz—terció Julián—. Les hice llamar porque necesito su ayuda, no para desempolvar viejos rencores.

Uno de los taberneros del Café depositó un vaso de vino tinto frente a Cúchares poniendo punto y aparte a la discusión entre los dos toreros. Curro tomó un sorbo corto de su vaso y tras apoyarlo en la mesa, preguntó:

—¿Y cuál es esa ayuda que nos pide, Julián? ¿Necesita Paquiro dinero? ¿Gente de mi cuadrilla?

—No, señor Cúchares. Creo que no entiende la gravedad del asunto. Pretendo que ustedes convenzan al Maestro Paquiro de que abandone la idea de volver a los ruedos.

A punto estuvo Curro de escupir el trago de vino que aun paladeaba en su boca, y tras toser un par de veces con disimulo tras el dorso de su mano izquierda, respondió alarmado.

—¿Está loco? ¿De verdad piensa que Paquiro iba a dejarse convencer por nosotros? ¿Por dos de sus mayores rivales?

—Son las únicas personas capaces de conseguirlo. A ustedes les respeta.

—Aunque así fuera —interrumpió de nuevo Curro— ¿por qué no quiere que el Maestro vuelva a torear?

Julián volvió a mirar en derredor, con cierta expresión de temor a que alguien pudiera escucharles.

—Porque... porque el Maestro no está en condiciones. Pueden comprobarlo ustedes mismos.

—¿Cómo? ¿Paquiro está aquí? —respondió Curro, volteando su cabeza mientras ojeaba alrededor suya hasta reparar en esa silla vacía que había quedado en la misma mesa en la que se encontraban los tres.

Julián, sin decir palabra, les hizo un gesto con la mirada señalando hacia el rincón en el que se encontraba el cantaor abordando el remate final de la soleá.

Tras su interpretación, se escucharon enfervorecidos aplausos mientras un hombre de camisa blanca, chaleco negro y pañuelo gris en la cabeza, que hasta ese momento se había mantenido oculto entre los oyentes, se levantó con una jarra de barro en la mano izquierda y un puro habano en la derecha, gritando a pleno pulmón:

—¡Oleeee!...¡Oleeee... los... cantaores cabales!

Después, dio media vuelta e inició un caminar inestable con claros signos de embriaguez hacia la mesa donde esperaban los atónitos Maestros Cúchares y León. No cabía duda... era Paquiro.

Cuando llegó frente a la mesa, el diestro chiclanero esbozó una gran sonrisa al reconocer a sus dos archiconocidos rivales.

—Maestro León... ¡y Curro Cúchares!... perdone que no le otorgue tratamiento de «Maestro» como a don Juan... —dijo dirigiéndose a Curro— pero todavía es usted muy joven y tiene mucho que demostrar... ¿no piensa igual, Maestro León? ¿o eso sólo me lo dice usted tras el burladero?

Diciendo esto se sentó con aparatosidad en la silla que quedaba libre, apoyó la jarra sobre la mesa y se colocó el puro habano en la comisura izquierda de la boca. Después fue abrochando los botones de su camisa hasta el cuello buscando un aire más digno ante sus interlocutores retomando el diálogo.

—Me alegra saber que están ustedes por la Villa. Supongo que mi fiel Julián les habrá puesto al corriente de mi próximo retorno a los ruedos...

—Nos ha puesto al corriente de muchas más cosas, Paquiro —respondió irritado Juan León— ¿se da cuenta de lo que está diciendo? ¿volver a torear? Lleva tres años retirado dedicándose a ... ¿a qué? ¿a dejar sin vino las tabernas?

—Jajaja... ¡adoro al Maestro! —respondió Paquiro dirigiéndose a su avergonzado mozo de espadas— ¡Fíjate bien en la escena, Julián... la flor y nata de los toreros en una misma mesa!... El «viejo», el «cojo» ... y servidor: el «borracho»... jajaja.

Curro miró de hito en hito a Paquiro y no reconocía al legendario matador que coincidió con él tantas tardes de gloria. Su altiva y orgullosa figura, su espléndido cuerpo atlético que había dado quebraderos de cabeza a todos los sastres de Madrid, no era más que un triste recuerdo. Todo se había perdido. El hombre que tenía ante sí no era más que una burla soez del Maestro Paquiro. Había perdido peso, se le intuía desnutrido, el abdomen se había abombado de forma excesiva e incluso la tez morena que todos recordaban en él, había adquirido un tono cobrizo que Curro ya había visto en personas que abusaban del vino. Los ojos amarillos y un fuerte olor procedente de su aliento no hacían más que dar la razón a Julián Pozo: el Maestro Paquiro no estaba en condiciones de plantarse frente a un toro.

—Maestro Paquiro... soy de la misma opinión que Don Juan. No es buen momento para que vuelva a torear.

—Ya...me lo esperaba. Supongo que a ninguno les conviene que el Gran Paquiro, el «Napoleón de los toreros», se ponga el traje de luces... ¡Ay, amigo Curro! ... ¿a qué le tiene miedo? Si yo fuese usted no me fijaría en Paquiro, sino en ese joven que pronto hará que le olviden: El «Chiclanero» —contestó Paquiro con una malévola sonrisa en la boca que permitía ver unos dientes casi ennegrecidos.

El dedo en la llaga. Sin duda Cúchares había encontrado la horma de su zapato con el protegido de Paquiro, al que ya empezaban a encumbrar en la Villa y que había propiciado la decadencia de su carrera y por ende, las prisas de Curro en sanar su maltrecha rodilla de una maldita vez.

—No nos pongamos serios, señores. Agradezco la preocupación... ¿quieren un trago? ¿no?... mejor... más para mí, jajaja —añadió Paquiro rellenando un vaso.

Juan León, se levantó en ese momento y se dirigió a Cúchares y Julián.

—Caballeros... ya he escuchado suficiente. Espero que entiendan que tengo asuntos más importantes que atender. ¡Que tenga mucha suerte en su reaparición, Paquiro!... le va a hacer falta.

—Jajaja... ¡Maestro, no se vaya!... he traído a Silverio Franconetti desde Sevilla para que nos eche unos cantes... ¡esta fiesta la pago yo! ¡Maestro, vuelva!

Juan León emprendió el camino hacia la puerta con prisa desoyendo las voces de Paquiro. En el Café de la Unión, el resto de clientes comenzaba a mostrar cierta

incomodidad por la actitud del diestro de Chiclana, y muchos de los caballeros presentes iniciaron una sutil retirada del local dejándolo en cuestión de minutos prácticamente vacío.

—¡No se vayan, señores! Por favor, no se vayan sin que hagamos un brindis por nuestra Reina Isabel...—propuso Paquiro alzando su vaso de vino— y por su fallecida descendencia, el Infante Luis de Borbón...

—¡Paquiro, por Dios! ¡Va a conseguir que nos arresten! —dijo Cúchares sujetándolo por un hombro y empujándolo hacia su silla. Después sacó unos reales de plata y los arrojó en la mesa donde rodaron y giraron varios segundos antes de quedar por completo quietos. Miró a los ojos al mozo de espadas y concluyó— Con esto pago lo mío, lo del Maestro León, los desperfectos que pueda causar Paquiro, y una buena propina para Silverio de mi parte. Julián, lleve al Maestro a su casa y asegúrese de que no toma más vino... si puede ser hasta el mismo día de la corrida, mucho mejor.

Se enfundó la chaqueta y, cubriéndose la cabeza con el sombrero, hizo un leve gesto de saludo llevándose la mano al ala. Después dio media vuelta marchándose hacia fuera y dejando atrás a un Paquiro que ahora canturreaba agarrado a los hombros de un atribulado Silverio que tampoco podía ocultar ya su incomodidad.

Apenas anduvo unos metros, la voz de Julián Pozo detuvo sus pasos.

—¡Maestro! ¡Por caridad, deténgase!

—¿Qué quiere, Julián?

—¿No va a hacer nada, señor? ¿No puede ayudarnos?

—Ya lo ha visto. A Paquiro solo puede ayudarle Dios. Yo solo soy torero... y cojo, como muy bien dijo ahí dentro —respondió con acritud.

—No se lo tome usted a mal, Maestro...—rogó Julián— ...no sabe lo que dice ni hace... no es Paquiro.

—Lo sé... ha perdido toda la gallardía que tuvo. Mire Julián, no puedo hacer nada. Sé los estragos que provoca el vino en gente de mal beber que no sabe decir «basta». Y aunque ya me habían llegado rumores de su problema, lo que he visto ha superado cualquier idea que tuviera. Prometo estar en el coso el día de su vuelta a los ruedos. No me pida más.

—Se lo agradezco, Maestro Cúchares —respondió cabizbajo Julián.

—No me agradezca nada. Con Dios.

Meses más tarde, de nuevo Curro se reencontraría con Silverio. Pero en esta ocasión no fue al abrigo del Café de La Unión, sino en el camposanto de Chiclana donde aguardaba cristiana sepultura Paquiro, tras la larga enfermedad que le produjo una mala cornada en el coso de Madrid.

Sobre al ataúd, flores recién cortadas y los primeros puñados de tierra que los enterradores depositaban a paladas, mientras en el aire se alzaba, majestuosa, la voz de Franconetti, despidiendo al más grande entre los grandes, a golpe de una sentida toná que rasgó el aire y el alma de los chiclaneros uniendo flamenco, arte y dolor mientras, con una entereza a duras penas mantenida, Curro Cúchares elevaba una última oración en recuerdo de un rival y compañero... en recuerdo de un mito.